

nal, y dieron una vuelta a aquella mezquita amagando al suelo con las manos a limpiar lo que por el estaba, de lo cual habia poca necesidad porque los del pueblo le tenían bien barrido para cuando entrase. Acabada de dar su vuelta pasaron todos juntos, y entró otro escuadron de hasta mil hombres con picas sin yerros, tostadas las puntas, todos de una librea de colores, digo que la de los primeros era blanca y colorada, como las casas de un axedrez. Entrado el segundo escuadron entró el tercero de otra librea, todos con martillos en las manos de cobre y plata, que es una arma que ellos tienen; y así de esta manera entraron en la dicha plaza muchos señores principales que venian en medio de los delanteros y de la persona de Atabalipa. Detras de estos, en una litera mui rica, los cabos de los maderos cubiertos de plata, venia la persona de Atabalipa, la cual traian ochenta señores en hombros todos vestidos de una librea azul mui rica, y él vestido su persona mui ricamente con su corona en la cabeza, y al cuello un collar de esmeraldas grandes, y sentado en la litera en una silla mui pequeña con un coxin mui rico. En llegando al medio de la plaza paró, llevando descubierto el medio cuerpo de fuera; y toda la guerra que estaba en la plaza le tenían en medio, estando dentro hasta seis o siete mil hombres. Como el vio que ninguna persona salia a el ni parecia, tubo creído, y así lo confesó despues de preso, que nos habiamos escondido de miedo de ver su poder; y dió una voz y dijo, «Donde están estos?» A la cual salió del aposento del dicho gobernador Pizarro, el Padre frai Vicente de Valverde, de la orden de los Predicadores, que despues fué obispo de aquella tierra, con la bria en la mano y con él una lengua, y así juntos llegaron por entre la jente a poder hablar con Atabalipa, al cual le comenzó a decir cosas de la sagrada escriptura, y que nuestro Señor Jesu-Cristo mandaba que entre los suyos no hubiese guerra ni discordia, sino todo paz, y que el en su nombre así se lo pedia y requería, pues habia quedado de tratar de ella el día antes, y de venir soló sin jente de guerra. A las cuales palabras y otras muchas que el Frayie le dijo, el estuvo callando sin volver respuesta; y tornándole a decir que mirase lo que Dios mandaba, lo cual estaba en aquel libro que llevaba en la mano escripto, admirándose en mi parecer más de la escriptura, que de lo escripto en ella: le pidió el libro, y le abrió y ojeó, mirando el molde y la orden de él; y despues de visto, le arrojó por entre la jente con mucha ira, el rostro mui encarnizado, diciendo, «Decidles a esos que vengan acá, que no pasaré de aqui hasta que me den cuenta y satisfagan y paguen lo que han hecho en la tierra.» Visto esto por el Frayie y lo poco que aprovechaban sus palabras, tomó su libro, y abajó su cabeza, y fuese para donde estaba el dicho Pizarro, casi corriendo y dijole, «No veis lo que pasa? para que estais en comedimientos y requerimientos con este perro lleno de soberbia, y que vienen los campos llenos de Indios? Salid a él! Que yo os absuelvo.» Y así acabadas de decir estas palabras, que fué todo en un instante, tocan las trompetas, y parte de su posada con toda la jente de a pié que con él estaba, diciendo, «Santiago a ellos!» y así salimos todos a aquella voz a una, porque todas aquellas casas que salian a la plaza tenían muchas puertas, y parece que se habían fecho a aquel propósito. En arremetiendo los de a caballo y rompiendo por ellos todo fué uno, que sia matar sino solo un negro de nuestra parte,

fueron todos desbaratados y Atabalipa preso, y la jente puesta en huida, aunque no pudieron huir del tropel; porque la puerta por do habian entrado era pequeña y con la turbacion no podian salir; y visto los traseros cuan lejos tenían la acoxida y remedio de huir, arrimáronse dos o tres mil dellos a un lienso de pared, y dieron con él a tierra, el cual salió al campo porque por aquella parte no habia casas, y así tubieron camino ancho para huir; y los escuadrones de jente que habian quedado en el campo sin entrar en el pueblo, como vieron huir y dar alaridos, los mas dellos fueron desbaratados y se pusieron en huida, que era cosa harto de ver que un valle de cuatro o cinco leguas todo iba cuajado de jente. En esto vino la noche mui presto, y la jente se recojió y Atabalipa se puso en una casa de piedra que era el templo del Sol, y así se pasó aquella noche con gran regocijo y placer de la vitoria que nuestro Señor nos habia dado, poniendo mucho recabdo en hacer guardia a la persona de Atabalipa, para que no volviesen a tomárnosle. Cierto fué permision de Dios y grand acertamiento guiado por su mano, porque si este día no se prendiera, con la soberbia que trahia, aquella noche, fuéramos todos asolados por ser tan pocos, como tengo dicho, y ellos tantos.

*Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Perú, M. S.*

Pues despues de haber comido, que acabaria a hora de missa mayor, empece a levantar su jente y a venirse hazia Caxamalca. Hechos sus escuadrones que cubrian los campos, y el metido en unas andas empece a caminar, viniendo delante del dos mil Indios que le barrian el camino por donde venia caminando, y la jente de guerra la mitad de un lado y la mitad de otro por los campos sin entrar en camino. Traia así mesmo al señor de Chinchacoma en unas andas, que parecia a los suyos cosa de admiracion, porque ningun Indio, por señor principal que fuese, avia de parecer delante del sino fuese con una carga a cuestas y descalzo: pues era tanta la pateneria que traian de oro y plata que era cosa estraña, lo que relucia con el sol. Venian así mesmo delante de Atabalipa muchos indios cantando y danzando. Tardóse este señor en andar esta media legua que hai dende los baños a donde él estaba hasta Caxamalca, dende ora de missa mayor, como digo, hasta tres oras antes que anochesciese. Pues llegada la jente a la puerta de la plaza, empezaron a entrar los escuadrones con grandes cantares, y así entrando ocuparon toda la plaza por todas partes. Visto el Marquez don Francisco Pizarro que Atabalipa venia ya junto a la plaza, envió al Padre Fr. Vicente de Balverde, primero obispo del Cuzco, y a Hernando de Aldana, un buen soldado, y a don Martinillo Lengua, que fuesen a hablar a Atabalipa, y a requerirle de parte de Dios y del rei se sujetase a la lei de nuestro Señor Jesu-Cristo, y al servicio de S. Mag., y que el marquez le tendria en lugar de hermano, y no consentiria le hiziesen enojo ni daño en su tierra. Pues llegado que fué el padre a las andas donde Atabalipa venia, le habló y le dió a lo que iba, y le predicó cosas de nuestra sancta ffe, declarándoselas la lengua. Llevava el padre un breviario en las manos donde leya lo que le predicaba: el Atabalipa se lo pidió y el cerrado se lo dió, y como le tuvo en las manos y no supo abrille, arrojóle al suelo. Llamó al Aldana que se llegase a el y le diese la espada, y el Aldana la sacó y se la mostró, pero no se la quiso dar. Pues